

Quadra Minerale: tierras raras y minerales críticos

Un texto de Blanca de la Torre

Aproximarse desde las artes visuales a las problemáticas en torno a los recursos fósiles no es tarea fácil sin caer en algunos lugares comunes y estéticas recurrentes, y es con esta cautela con la que Rosell Meseguer aborda el tema desde un lado muy sutil, donde se apropia del formato de diccionario tradicional para aproximar al lector a una forma de lectura simplificada –en apariencia– de algunos de los elementos de la tabla periódica y sus derivados fósiles, entre otros.

En este compendio se aglutinan saberes de geología, teoría económica y ecología política que se fusionan con el archivo personal de “memoria” de la artista en forma de mapas, dibujos, fotografías y bocetos que han formado parte de su corpus artístico desde 1999 o incluso objetos familiares como unos vasos de soldados de la guerra civil española pertenecientes a su abuelo, o minerales que ha ido adquiriendo o que le han sido prestados por el IGME, Instituto Geominero de España.

El hecho de que Meseguer haya escogido el formato de antigua enciclopedia o diccionario no hace sino apuntar con ironía a una época, la llamada Ilustración, que fue clave en la historia de la colonización de la naturaleza, donde en nombre del llamado conocimiento –heteropatriarcal, blanco y eurocéntrico– se destruyeron las bases de otro tipo de conocimientos tradicionales como los propios de las comunidades indígenas y con ellos los relativos a un entendimiento y respeto por la naturaleza.

Para TJ Demos, esta colonización que asoma de los principios de la ilustración del dualismo cartesiano entre el mundo humano y el no-humano, situó el mundo no-humano como objetificado: “De manera destructiva y utilitaria, idealizada y exotizada, la naturaleza ha sido colonizada tanto en concepto como en práctica”¹.

Dentro de la historia del colonialismo de la naturaleza, los recursos minerales han sido el principal objeto de deseo, iniciándose así una batalla por su gestión que se ha perpetuado hasta hoy día en lo que viene a llamarse colonialismo corporativo.

Así pues, la historia de lo que me atrevo a llamar “colonialismo mineral” evidencia una vez más lo equivocado del término Antropoceno, al contradecir por un lado la tesis que retrasa el origen de la destrucción del medioambiente a la época industrial, al tiempo que cuestionar la distribución homogénea de culpa entre todos los “Anthropos”.

Asumiendo el riesgo de resultar repetitiva, ya he señalado en anteriores ocasiones como el término Antropoceno, introducido por el geólogo italiano Antonio Stoppani en 1873 y popularizado en el umbral de este milenio por el Premio Nobel de Química Paul Crutzen, debería eliminarse del vocabulario mediático. Esta controvertida era, bastante cuestionada entre la comunidad de geólogos pero sobradamente omnipresente en el ámbito de la cultura, sustituiría al periodo anterior conocido como Holoceno, y reconocería al hombre como responsable del estado de degradación del planeta, un estado que comenzaría su descenso vertiginoso a partir de la revolución industrial. Es

¹ TJ Demos. *Decolonizing Nature. Contemporary Art and the Politics of Ecology*. (Berlin, Alemania: Sternberg Press, 2016), p. 36

preciso señalar las connotaciones eurocéntricas del término, que se lava las manos ante las implicaciones políticas, económicas y especialmente coloniales del deterioro ecológico del planeta. Encuentro más adecuadas las denominaciones de otros autores, entre ellos, el “Chthulhoceno” y “Capitaloceno”, extendidos por Donna Haraway, este último tomado de Andreas Malm y Jason Moore. También resultan atinados el “Euroceno” o “Technoceno iniciado por los europeos” propuestos por Peter Sloterdijk, o “periodo de la supremacía blanca” sugerido por Nicholas Mirzoeff². Últimamente también han surgido otros términos que merecen una parada como el *Gyneceno* de Alexandra Pirici, El *Pyroceno* de Stephen Pyne o el *Plantacionoceno* de Anna Tsing y la mencionada Haraway.

El siguiente marcador sería el comienzo de las emisiones de carbono procedentes de los combustibles fósiles. Así pues, el colonialismo europeo sería también el origen de una primera economía globalizada y, como consecuencia de ésta, la primera ecología global. A partir de aquí se instaura un nuevo orden, también global, que reorganiza la vida en la tierra y culmina en la instauración de un régimen basado en el uso de recursos no renovables, que tendrá su culmen en la revolución industrial y los “molinos satánicos” que mencionaba William Blake. Como señalan Simon L. Lewis and Mark A. Maslin “El Antropoceno comienza con el colonialismo y la esclavitud generalizadas: es la historia de cómo las personas tratan el medioambiente y cómo se tratan las unas a las otras”³.

Siendo el oro el mineral por excelencia de la época colonial, su equivalente contemporáneo sería el coltán, mineral que desató la guerra más sangrienta del presente siglo, en la República Democrática del Congo, aunque también involucró a varios países vecinos en su lucha por el control de los grandes yacimientos minerales de la zona. El conflicto estalló en 1998 y no culminó hasta 2003. Desde entonces hasta el día de hoy el ejército ruandés transporta el coltán hasta su país para ser transportado a Europa, donde es especialmente utilizado en el sector de las nuevas tecnologías.

En la mayor parte de los casos los beneficios del mineral no revierten en la población africana, sino en cargamentos de armas para financiar las guerrillas, un conflicto financiado por numerosos países no africanos, entre ellos EEUU, Alemania y Bélgica y Kazajistán, además de diversas multinacionales.

Esta guerra ha dejado en la miseria a uno de los países más ricos del mundo en recursos minerales, abriendo el episodio de lo que David Harvey ha venido a tildar como “la maldición de los recursos” que genera la conocida como acumulación por desposesión⁴. Siguiendo esta misma línea de pensamiento, Rob Nixon nos habla de que son estas poblaciones más vulnerables las que sufren lo que él llama “violencia lenta”, menos visible y persistente en el tiempo y producto de una continuada contaminación medioambiental, del militarismo, de políticas desarrollistas del imperialismo y de la carga ecológica impuesta sobre el Sur Global⁵.

² Blanca de la Torre. *Hybris. Una Posible Aproximación Ecoestética*. León: MUSAC y NOCA Paper, 2017. P. 17-20.

³ Simon L. Lewis and Mark A. Maslin. *The Human Planet. How we created the Anthropocene*. UK: Penguin Random House, 2018, p. 11-13

⁴ David Harvey. *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión*. Madrid: Akal, 2004.

⁵ Rob Nixon. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge, Massachusetts y Londres: Harvard University Press, 2013. p. 2

En todos los conflictos bélicos podemos encontrar un telón de fondo de razones medioambientales, en todas las guerras subyace un conflicto en relación a los recursos. Esta relación entre guerra y medioambiente se muestra también a menudo en el trabajo de Meseguer a modo de metáfora, como en sus búnkeres, sus escenarios de ruinas de batallas y otros motivos bélicos como los que formaban parte de su extenso proyecto *Batería de Cenizas. Metodología de la Defensa* (1999-2007), y que actualmente sigue en proceso con el título: *La disuasión. La marea y el límite*.

Razmig Keucheyan habla de un nuevo humanismo militar con operaciones “no combatientes”, en el que se forma a los ejércitos para proteger las reservas de peces, garantizar la circulación de los minerales y petróleo, mantener los recursos hídricos y forestales etc....⁶

Para el sociólogo, las crisis del capitalismo serán en el porvenir inextricablemente económicas y ecológicas⁷. Según el autor, con el fin de poder explotar la naturaleza, el Estado capitalista ha de organizarla y configurarla: “El Estado organiza la naturaleza y la pone a disposición del capital. Generar valor capitalista supone producir y destruir la naturaleza sin cesar. El capitalismo, la naturaleza y el Estado constituyen en la época moderna un tríptico indisociable”⁸.

El hecho de abordar los recursos fósiles y en especial el interés por la minería no es nuevo en el trabajo de Rosell, quien ha investigado las problemáticas de la industria en el sur de España y en países como Perú, Bolivia, Argentina o Chile. En *Tránsitos del Mediterráneo al Pacífico*, y a través el proyecto *Tamarugal* que forma parte de aquel amplio cuerpo de trabajo, la artista pone en diálogo pasado y presente para subrayar la inextricable relación entre la economía de estos países y sus industrias, con el fin de señalar el papel de la minería como elemento transformador del paisaje, tanto medioambiental como político, económico y social.

Una parte importante del control de la industria minera mediterránea y atlántica, focalizada en Murcia –Campo de Cartagena-, Almería y Huelva, así como en los países del Pacífico arriba mencionados, estuvo mayoritariamente en manos británicas, aunque también Alemania y Estados Unidos pugnaban por este control. Conformando una suerte de archivo que data de 2005 a 2013, los materiales derivados de la investigación de Meseguer se formalizan de manera multidisciplinar, como viene siendo habitual en su trabajo, y evidencian las vinculaciones entre estos cuatro países a través de la historia y las relaciones de poder derivadas de modelos de explotación análogos.

Emilio Santiago Muíño parte de la premisa de que la energía no es un recurso o una mercancía, sino que es un prerequisite económico, y describe el modo en que la economía se ha transformado desde la década de los setenta esquivando una realidad que ya parece incuestionable: el fin del petróleo⁹. Y es precisamente el oro negro un elemento medular del proyecto *OVNI Archive*, donde Meseguer pone sobre la mesa algunas problemáticas derivadas de la Guerra Fría como el espionaje, la energía atómica, los ovnis y la dialéctica realidad/ficción, la carrera espacial y el control de los yacimientos petrolíferos. Como viene siendo habitual en su obra todos estos ingredientes

⁶ Op. Cit. p. 193

⁸ Razmig Keucheyan. *La naturaleza es un campo de batalla*.(Madrid, España: Clave intelectual, 2016), p. 200

⁹ Petróleo. Emilio Santiago Muíño, Yayo Herrero, Jorge Riechmann. Barcelona: Et Al. 2018. P. 11

se entretejen de manera rizomática y reaparecen en *Quadra Minerale (Tierras Raras)* a través de diferentes vínculos de asociación.

Todo este trasfondo subyace en el trabajo de Rosell Meseguer, que apunta a rescatar antiguos formatos en la construcción de nuevos relatos, a incluir otra dimensión discursiva a las enciclopedias, instrumentos que cimentaban las bases patriarcales y antropocéntricas del capitalismo global.

Con sus “operaciones estéticas” Meseguer busca aproximarnos a elementos habituales en nuestro día a día, como el oro y el cobre o los conocidos como “tierras raras” para reflexionar sobre el uso que hacemos de éstos, apelando a la necesidad de relectura de los formatos tradicionales para la construcción de nuevas narrativas en torno a las políticas de extracción y los llamados “minerales críticos”.

Finalmente *Quadra Minerale* representa un paso más en la exploración de Meseguer, al tiempo que opera como una suerte de compendio de su trabajo e investigación artística. Esos diálogos con la historia, con pasado y presente son una constante desde sus primeros trabajos. En esas conversaciones con los distintos periodos históricos se entreveran el ángulo conceptual con el formal, a través de la recuperación de lo analógico y de antiguas técnicas, especialmente el fotograbado, la cianotipia o la kallitipia...y en este caso recuperando también la tipología de diccionario antiguo. Un pequeño archivo de su archivo personal, una reconstrucción desde su propio trabajo a través de un formato original con el que, una vez más articula nuevas narrativas a través de analogías inesperadas entre la memoria o la probabilidad de otras memorias posibles.